



Comisión 9

Índice

1. Buses sólo para mujeres. Michael Yesid Cuervo Ruiz
2. El secreto máspreciado de una mujer. David Camilo Choachi Castillo
3. Duérmete ya para que puedas soñar. Jesús Pardo Mosquera

Buses sólo para mujeres

Michael Yesid Cuervo Ruiz

Bogotá, Colombia. El reloj marca las cuatro de la madrugada y en muchos hogares de esta metrópoli inicia el día para la mayoría de las mujeres que día a día se levantan con la mejor actitud para enfrentarse al mundo. Primer paso, quitarse las cobijas y estirarse para relajar el cuerpo; segundo, ingresar a la ducha, luego vestirse y calzarse; tercero, empacar las cosas en la maleta, y el almuerzo y si alcanza el tiempo, comer o tomar algo antes de salir. Por último, tratar de coger el transporte que infortunadamente para la población de la capital colombiana, no cuenta con un buen sistema.

El hecho de pensar en esta problemática indispone a los ciudadanos, especialmente a las mujeres. Son ellas las más afectadas en una sociedad machista en la que muchos hombres no saben el significado del respeto por ellas. De esta manera, utilizar el transporte público resulta toda una tortura para las féminas que día tras día se exponen a ser manoseadas, a escuchar palabras obscenas y, en algunos casos, a presenciar actos o prácticas pornográficas.

Muchas de estas mujeres denuncian estos abusos porque no quieren que otras los vivan, pero otra minoría no lo hace por miedo. Sin embargo, después de tantas denuncias de las mujeres bogotanas, el distrito estaría contemplando la inclusión de vagones de color rosado para las ciudadanas de la capital para frenar los abusos. Además, paralelamente, es necesario crear conciencia en los hombres y fomentar una cultura de respeto por ese ser maravilloso que representan las mujeres en cualquier parte del mundo.

El secreto máspreciado de una mujer

David Camilo Choachi Castillo

Una vez dentro de la cueva, Virginia no comprendía aún nada. El fantasma quiso verla y tardó un par de minutos en prender una vela.

—¿Dónde estamos?—preguntó. ¿Qué hacemos en este lugar?

—No te preocupes por nada, ya te explicaré qué hacemos acá.

Virginia estaba pensativa y un poco confundida por no saber qué hacían allí, pero con la convicción de querer ayudar a Simon a encontrar la paz eterna, así que esperó ansiosa la siguiente instrucción que él le iba a dar.

Mientras, todos los animales fenómenos que estaban en la entrada de la cueva, como la familia de Virginia, esperaban su regreso. El fantasma retomó la charla con la joven.

—¿Estás segura de continuar ayudándome bajo cualquier circunstancia?

—¡Sí!—respondió Virginia con total seguridad.

Las condiciones para poder descansar en paz eran sencillas: sólo necesitaba una prueba de amor verdadero con el fin de que lo ayudara a reivindicarse por lo sucedido con su fallecida esposa.

Virginia, asustada, pero segura de querer ayudarlo, aceptó cualquier condición. En una cueva fría, oscura y algo tenebrosa, fue que, por primera vez, ella estuvo con un hombre o en este caso un fantasma, sin ella estar segura plenamente si esa acción lo ayudaría.

Aun así, Simon terminó convirtiéndose en su amor prohibido, del que nadie podía saber y volviéndose el secreto máspreciado de una mujer.

Duérmete ya para que puedas soñar

Jesús Pardo Mosquera

¿Café o mate? ¿Tango o vallenato? ¿Conoceré la nieve? ¿Cómo viviré el mundial de Rusia? “Uff, qué noche la que estoy pasando, necesito dormir ya porque en tres horas tengo que levantarme”, susurré, mirando la hora a través de la pantalla de mi celular que emitía una luz incandescente en medio de la oscuridad de mi cuarto.

Apagué el aparato, me sumergí de nuevo en estos pensamientos poco irrelevantes pero a su vez tan profundos como la unión de las dos culturas. “¿Comeré mucho asado

argentino? ¡Duérmete ya!” me reclamaba a mí mismo con dureza. En medio de esto logré conciliar el sueño y me conduje a soñar con lo que acababa de pensar.

El martes 26 de diciembre de 2017 a media tarde y en pleno corazón de Bogotá, Carrero 14 con calle 12, ruido de carros, claxon, gritos, euforia en su máximo esplendor, adquirí los tickets aéreos desde Bogotá, Colombia, hasta Buenos Aires, Argentina. De capital a capital.

A escasos tres meses de mi salida, 18 de marzo de 2019, el tiempo no parecía avanzar más. Los relojes se detuvieron. “¿Cómo será el transporte público?”, pensaba. Ahí estaba de nuevo, despierto, realizando ese cuestionamiento sin respuesta alguna y que me provocaban esas interminables noches de vigilia. “una noche menos, un día menos”, pensé antes de caer en un sueño profundo.

“Nico, ven a mi barrio y nos tomamos unas cervezas” le propuse a mi mejor amigo que sin duda alguna sabía que a los 20 minutos estaría timbrando en la puerta de mi casa.

—Vamos, pero sólo una y me voy porque mañana iré a acompañar a mi mamá a hacer unas compras—dijo Nicolás en medio de risas.

—Bueno—le repliqué con una sonrisa pícaro.

En medio de las botellas vacías, otras a medio vaciar y alguna que otra llena, le confesé que me emocionaba mucho el hecho de estar tan cerca pero que también estaba temeroso de lo que podría suceder. Nicolás me comentó que experiencias como estas eran las que les iba a contar a mis nietos en medio de la sala, tomándome un café, un mate, un vino o cualquier otra cosa. Quizá nada.

Era el día, un domingo algo frío en la mañana. Tenía que estar a las siete en el Aeropuerto Internacional El Dorado. El coche rojo de la familia iba a reventar. En medio de fotografías, risas y chistes nos desplazábamos de un extremo de la ciudad al otro. La espera terminaba para mí, pero comenzaba para mis seres queridos. En el aeropuerto, en medio del llanto, crucé la puerta del abordaje y la aventura estaba a punto de arrancar.

“*Gate* número ocho” observé en mi ticket de ingreso al avión. Aquí vamos, mi primera vez en un avión; me sentía en las nubes, literalmente caminando sobre ellas. La primera vez que lo hacía y no era por una semana de vacaciones, sino que iba a

empezar una constante lucha con mi ser para dimensionar que con cada kilómetro recorrido me alejaba más y más de mi zona de confort.

Mi pastor hablar, mi fortaleza escuchar, mis ganas de comunicar y de ver la realidad desde varios puntos de vista. Por eso elegí ser periodista de profesión. Hoy estoy en la ciudad de La Plata, en Argentina, en un ámbito académico, recordando mis interrogantes sobre tomar mate o café. Así logré distinguir que es mejor unir, tener claro e ir esperando lo que suceda, planificando lo “macro”, esperando lo “micro”.